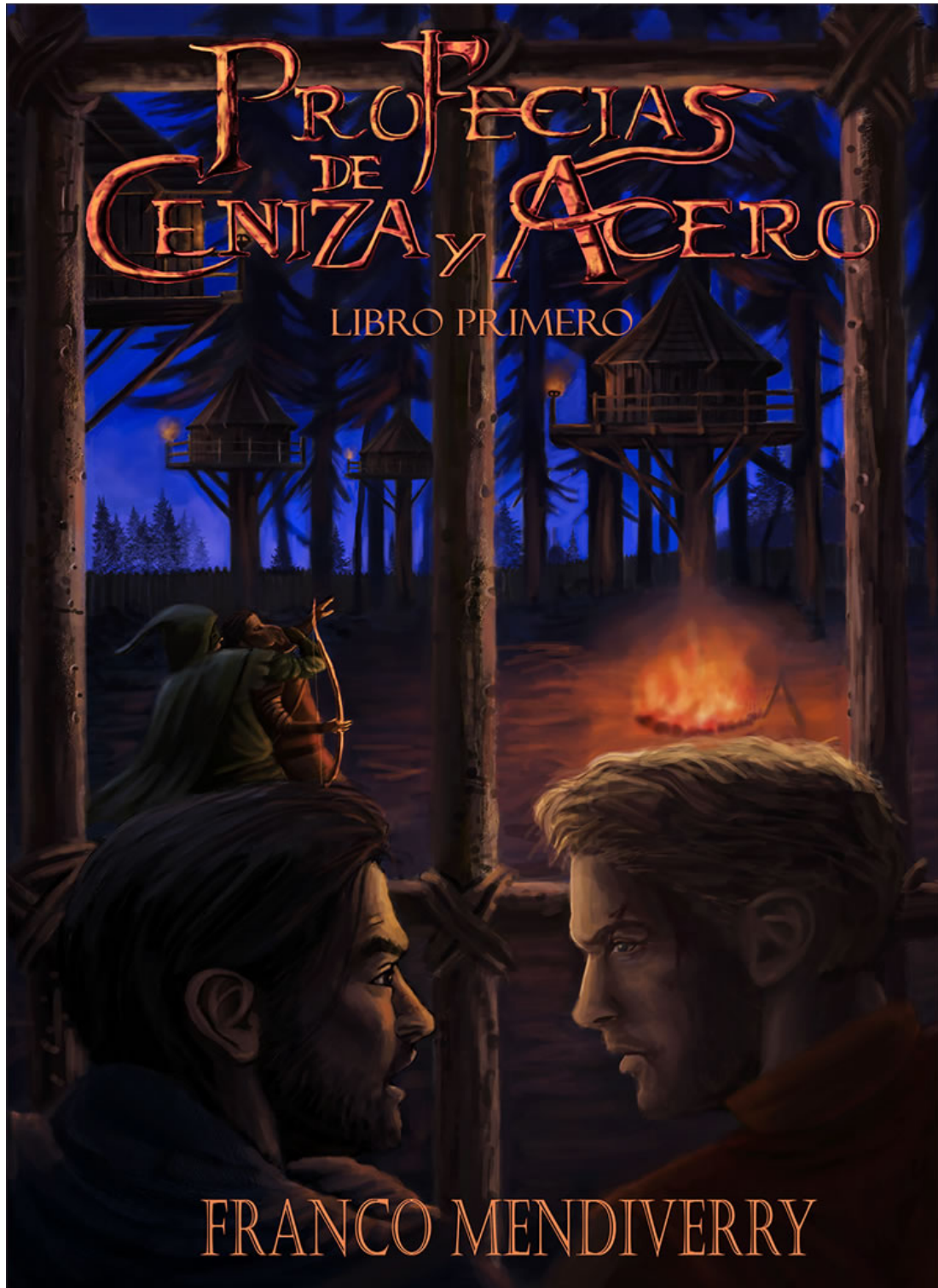


Profecías de Ceniza y Acero: Libro Primero

Franco Mendiverry



Capítulo 1

<<Hemos derrotado a los Dos Dragones y por ello hoy debemos de celebrar. Pero una celebración medida tendrá que ser, porque esta victoria para siempre no ha de perdurar. El más poderoso de los Dos regresará e impondrá su escarmiento cuando ningún hombre reine en estas tierras y las mentiras y el ego se alcen por sobre la hermandad nórdica>>

Proclama de Yngvar, El Rey Blanco, desde lo alto de la Plaza de Viloras antes de ser llamado a las Tierras Eternas.

1

Adiós al hogar

Oslac, su padre, fue quien le dio el nombre. Su madre había elegido uno distinto en caso de que diera a luz a un niño, pero acabó recibiendo uno que se adecuó más a lo que sucedió durante el parto: Wardric, *la llama que brilla en la oscuridad*, sólo pudo ser sostenido un instante por la mujer que le dio la vida, finalmente a costa de la suya. Lamentablemente él nunca recordaría ese momento fugaz de absoluta felicidad.

Durante muchos años Oslac y Wardric sólo se tuvieron el uno al otro. El hombre de carácter severo que ya peinaba canas a pesar de ser joven para ello y el muchachito tímido, sumiso y de poco hablar, eran muy diferentes, pero el lazo que los unía resultó ser mucho más fuerte que cualquier diferencia.

La vida de Wardric dio un giro cuando al establo que regentaba su padre llegó un muchachito rubio, de unos siete años, con el encargo de comprar distintos elementos para el caballo de su familia. La casualidad quiso que en ese momento, con sus nueve veranos recién cumplidos, fuese él quien estuviera a cargo del negocio. El muchachito pidió ver monturas y juegos de bridas y él se encargó de ir a buscarlas al almacén. Cuando regresó, encontró al cliente arrodillado sobre la mesa continua a la pared, mirando con asombro y fascinación la colección de herraduras, estribos y collares que tanto tiempo le había llevado a Oslac reunir. De inmediato le gritó que se bajara de allí, haciendo que se asustase; la mesa se tambaleó y estirando las manos el muchachito intentó aferrarse a lo más cercano que tenía para no caerse: casi toda la colección se soltó de sus agarres y con un estruendo metálico levantó el polvo de los tablones del piso. Wardric, que había un ojo y puesto las manos en las orejas para amortiguar el ruido, dio tres pasos hacia delante y vio con desespero el desastre

causado: fragmentos de la valiosa colección estaban ahora desparramados por todo el lugar.

El muchachito se incorporó y echó a correr cuán rápido le permitieron sus pequeñas piernas, dejando una nube de polvo que se desprendía de su ropa y cabello. Sin embargo, cuando llegó al umbral, topó con algo inesperado y rebotó directo al suelo. Wardric enseguida advirtió la silueta de su padre. Oslac clavó sus ojos primero en el desconocido niño, luego en los de él, y por último en el polvo que todavía flotaba en el aire.

Creó que su padre reprendería al muchachito, pero sólo lo dejó levantarse e irse a toda prisa. Tragó saliva, sabiendo lo que le esperaba. Los gritos que recibió de seguro se oyeron desde gran parte de la ciudad. Oslac decidió no volver a dejarlo solo en el establo por un buen tiempo, no le importó que le asegurara que no había sido culpa suya.

De nuevo pasó a encargarse sólo de limpiar los compartimientos de los caballos. Era una tarea que detestaba, y su padre lo sabía bien. Sin embargo, su bronca no fue para con él, sino para el único culpable del desastre causado. Por eso cuando, alrededor de una semana después, su padre entró al sector que él limpiaba acompañado por el muchachito, sus ojos se encendieron de rabia. Oslac le explicó que el padre de Herstein (ese era el nombre del «estúpido niño») lamentaba lo sucedido y quería que su hijo pagara los daños causados trabajando en el establo. Aunque Wardric se quejó y refunfuñó, su padre se mostró totalmente inflexible.

De esa manera, aunque ninguno de los dos niños esperaba que sucediese, comenzaría una amistad entre ellos. Una gran amistad.

Herstein, que resultó ser hijo de una nórdica y un zegriense, le hizo ver el mundo de un modo totalmente diferente. Juntos corrían, trepaban, jugueteaban alrededor de los cientos de barcos mercantes que tocaban tierra cada año en su ciudad; Puerto Oeste, que hasta el momento le había parecido una ciudad aburrida, resultó tener decenas de sitios donde jugar y divertirse, como también antiguas casas abandonadas donde aventurarse a entrar. La emoción de saber que, si sus padres llegaban a descubrirlos, acabarían recibiendo un duro castigo, más que hacerlos dudar, los alentaba a seguir. Igualmente, para compensar de cierto modo su comportamiento, él se las arreglaba ayudando a alimentar a los caballos o reparando las caballerizas; Herstein, por su lado, pasaba cada tanto un buen tiempo en la carpintería de su padre.

A medida que Wardric creció, y su padre se hizo más viejo, a las tareas ya mencionadas se agregaron conseguir la comida de los equinos en el mercado, promocionar el negocio, tratar las enfermedades de los caballos, y finalmente hacerse cargo de las ventas y los alquileres. A pesar de que en ese tiempo contaba ya con la veintena de años, su amistad con Herstein no se enfrió, cambiando las aventuras en los tejados y los barcos

por jornadas de caminata a través de la costa y los bosques.

Todo parecía ir bien hasta que Oslac enfermó. En un principio los sanadores de la ciudad dijeron que era una fiebre pasajera, que se curaría en un par de días. No fue así. Su estado siguió agravándose con el correr de las semanas, tanto, que al final el recio hombre de blancas canas no pudo resistir más. Apenas dos días después del vigésimo veinticinco cumpleaños de Wardric, Oslac murió.

Únicamente él y Herstein asistieron al funeral. Su amigo, con una visión de la muerte totalmente distinta, se encargó de darle ánimos. Wardric, que a medida que había ido creciendo se había vuelto una persona que tardaba en olvidar injusticias o burlas, tampoco olvidó esos gestos de bondad.

Le juró a su amigo que nunca lo dejaría solo cuando lo necesitase.

No hubo tiempo para un largo duelo, el establo debía seguir en marcha. El trabajo también le ayudó a aliviar su tristeza, aunque únicamente el tiempo le dio consuelo a su corazón. La angustia dio lugar a la aceptación y ésta al recuerdo feliz de lo que habían sido épocas felices.

Lamentablemente, las cosas con el negocio no siguieron como venían. Las ganancias se fueron debilitando, hasta que llegaron a un callejón sin salida. Ambos, Wardric y Herstein (que ya era otro dueño del establo), llegaron a la dura conclusión de que si no vendían el establo acabarían endeudándose hasta límites peligrosos.



No les costó encontrar un comprador, aunque les pagó con migajas, excusándose por una supuesta mala infraestructura y ubicación del lugar. Al cerrar el acuerdo, les dio dos semanas para que encontraran un nuevo hogar para los caballos, pues pensaba destinar el edificio a otro negocio.

Viajaron entonces, de ciudad en ciudad, ofreciendo casi regalados los escasos caballos que les habían quedado.

Cuando regresaron a Puerto Oeste, luego de poco menos de dos meses, decidieron ir a casa de Herstein. Tenían pensado hablar con Roldvar, su padre, para que les brinde ayuda en su idea de construir una nueva carpintería en la ciudad vecina de _____. Mientras se acercaban a la casa, se sorprendieron al ver tapiadas con madera las ventanas. Inquieto, Herstein se aproximó a la puerta y vio que en ella había una nota de papel

clavada con un cuchillo. Lo desclavó y leyó la nota:

"Hijo:

No sé si en tu viaje te has enterado del asesinato del Rey Ernmun a manos de Hoskuld, un Jarl que desea el trono para él, o si te has enterado de la guerra civil que esto desencadenó en Fasnarím. Pero debes saberlo para entender la situación.

Tu madre ha recibido una carta de su hermano. Asegura que los rebeldes no tardaran en tomar el pueblo para reclutar soldados, como ya han ocupado otros. Tu tío está enfermo, y por eso pide nuestra ayuda para sacar a su familia de allí cuanto antes, una petición que tu madre no pudo negar. La acompañaré para protegerla de cualquier mal, no sé qué tan pronto regresaremos. Te pido por favor que no pienses en seguirnos, cuida bien de la casa y de ti.

Te queremos, Mirna y Roldvar"

– ¿Qué ocurre, amigo? –preguntó Wardric–. Vamos, dílo.

–Mis padres... se han ido... se fueron. –Herstein le entregó la carta.

Wardric, sin saber bien que esperar, la leyó, pensativo.

–Esto es malo –dijo al concluir–. Tus padres están por meterse en el ojo de una tormenta. –Hizo una pausa, dándose cuenta de lo que estaba pensando el joven nórdico, y luego se apuró a decir:– Obedecerás a tu padre ¿verdad, Herstein? No cometas locuras. Quédate aquí, cuidando la casa.

–¿Crees que haré eso cuando la única familia que tengo está atravesando carreteras llenas de bandidos y vaya a uno a saber qué cosas más? – Herstein se peinó los cabellos con los dedos- No, sabes bien que no le haré caso a mi padre. Iré a ayudarlos y regresaré con ellos cuanto antes.

Wardric suspiró, resignado. El ceño fruncido y la duda desaparecieron, dando lugar a un semblante más calmo y compasivo, parecido al que utilizaría un anciano para hablar con su nieto. Lo miró a los ojos y sonrió.

–Eres obstinado, amigo mío, sé que no podré hacer que cambies de opinión. Aunque me gustaría que lo pensaras más, si decides ir, ve.

–No te preocupes por mí, volveré pronto.

–¿No, no irás solo. Juré que nunca te dejaría en soledad, ¿recuerdas? Iré

contigo.

–¿Seguro?! –exclamó Herstein arqueando las cejas– Será un viaje peligroso, no te culparé si no me acompañas.

–Yo sí me culparía. No me importa el riesgo si camino junto a un hermano –dijo poniéndole una mano en el hombro–. Descuida, volveremos antes de lo que imaginas.

–Los Dioses quieran que así sea –aseveró Herstein clavando su mirada en el horizonte, allá donde el mar se hacía uno con el cielo–. Me gustaría ponerme en marcha de inmediato, pero sé que hay que planificar bien el viaje. Reunámonos aquí esta noche, ahora ve a preparar tus cosas, debes tener asuntos que atender en tu casa también. Te esperaré con la cena.

–Bien, le dire al viejo Tamson que cuide de mi casa en mi ausencia, y me ocupare de esconder todo lo de valor. Regresaré en unas horas ya con todo listo.

Y así llegó la oscuridad de la noche, con ambos alrededor de la mesa del salón principal de la casa de Herstein. Las velas eran abundantes, pues por las ventanas tapiadas no se filtraba ni un solo halo de la luz de luna. El nórdico preparó una comida sencilla de abundantes calorías, argumentando que iban a necesitarlas más adelante. Para acompañarla, abrió dos botellas del mejor vino que quedaba en la despensa, y también se encargó de ofrecerle a su amigo una buena probada del tabaco de su padre. Si llegaba a enterarse, Roldvar se pondría furioso.

Al poco rato ya no quedaba nada en la mesa más que un par de platos y botellas vacías. Hasta el momento, no habían dedicado una sola palabra al viaje.

–Gracias, amigo, estuvo mejor de lo que esperaba –dijo Wardric mientras se echaba atrás en la silla–. Estoy demasiado lleno como para comer algo más. Creo que es momento de hablar del tema que nos atañe. ¿Sabes en que ciudad de Fasnarím vive tu tío?

–El tío Ysmar nunca ha salido de El Escalón Naciente, el paraje donde yo nací. Cuando era pequeño fui un par de veces luego de que mi madre y mi padre vinieran aquí conmigo, pero creo que ya no vive en la misma casa. El paraje esta al sureste del reino –indicó el nórdico, y tras un largo trago de vino agregó: – Hay que ir y comprobar.

–Aunque no sabemos cómo cruzar la frontera... –dijo Wardric.

Herstein hizo como si no lo escuchó. –Iremos en carro hasta Metinndor y luego será fácil conseguir un transporte que nos lleve directo hasta alguna

ciudad del norte.

–Hum, dicho así parece algo sencillo realmente, ¿pero qué haremos luego? Necesitaremos provisiones, y dinero, mucho.

–Tenemos lo que obtuvimos de los caballos. No llevaremos todo, obviamente, sería demasiado riesgoso. ¿Qué haremos luego? Lo decidiremos en el momento. No te preocupes, amigo, estoy seguro de que los Dioses nos allanaran el camino.

–Esperemos que tengas razón, compañero.

–Vamos, salgamos afuera y disfrutemos de la noche. No quiero que parezca una despedida de Puerto Oeste, pero hacerlo siempre me pareció algo relajante.

Estuvieron juntos al aire libre un buen rato, mirando la luna y las estrellas, fumando en silencio. Aunque quisieron evitarlo, ambos pensaron que quizás esa era la última vez que verían el mar y a su querida ciudad.

Apenas pudieron dormir en toda la noche. Herstein pensó mucho en sus padres; Wardric se despidió de las cosas que le recordaban a los suyos.

A la mañana siguiente, ya con todo preparado para la larga travesía, Wardric se cargó la mochila al hombro y caminó hasta lo que hasta hace poco era su establo, sitio en el cual habían acordado reunirse antes del mediodía. Desde lejos, pudo ver a Herstein esperándolo, yendo de un lado a otro, impaciente.

–¡Por fin llegas! –exclamó el nórdico al verlo aproximarse– No negaré que se me pasó por la cabeza que te habías arrepentido.

–Sabes que no podría hacerlo –contestó Wardric.

Herstein lo tomó por los hombros. –Cuanto me alegra que estés conmigo en este momento, amigo mío.

–Y a mi me alegra acompañarte. Aquí comienza nuestra aventura, Herstein. Tenemos que estar a la altura.

Desde el establo se dirigieron a la estación de transporte, donde una carreta no muy cuidada, que a simple vista les dio la impresión de que se iba a desarmar en cuanto se subieran a ella, estaba a punto de partir hacia Metinndor. El conductor los miró de pies a cabeza sin disimulo y saludó amargamente. No parecía ser el tipo de hombre con el que se disfrutaba viajar durante toda una jornada, pero no había otra opción. Después de todo, el trabajo del conductor era guiar a los caballos, no ser

amable con sus clientes.

Además de ellos, había otros dos pasajeros ya listos para viajar: un nilbog y un elfo. Los nilbogs eran pequeños seres de piel pálida, con una larga nariz aguda y orejas enormes, aún más grandes y sobresalientes que la de los elfos, y la mayoría sin cabello alguno. Los nilbog tenían su propio reino en una isla al suroeste del continente, donde vivían según sus costumbres, sin un solo extranjero. Sin embargo, muchos de ellos llegaban al continente en pequeñas y toscas embarcaciones, y aunque algunos regresaban al poco tiempo, cansados de ser maltratados, muchos otros se quedaban para hacer dinero. La riqueza era algo de gran importancia para ellos.

Este nilbog en particular, que dijo llamarse Gribs, llevaba tantas pieles de zorro, de lobo y ardilla encima como para pasar todo un año sumergido en el Mar de los Gigantes de Hielo. Pasó todo el viaje discutiendo de cada tema que se le vino a la cabeza; desde lo injusta que era la vida de su raza en el continente, hasta lo enormes que eran las ciudades de oro en su tierra natal, donde además, según él, el clima era mucho más ameno. Nadie parecía prestarle atención realmente, pero a él eso no le importó, pues se encargó por sí mismo de contestar las preguntas que Wardric, el más amable de los oyentes, tampoco respondía. Los otros dos, Herstein y el elfo, lo miraban únicamente para asegurarse de que no intentara nada raro: todos en Razenn sabían bien la fama que tenían estos hombrecillos de ser ladrones o contrabandistas, muchas veces relacionada con su inigualable adicción al *Loomin*. Con respecto a su fama de ladrones, muchos decían que los dedos de estos seres eran tan rápidos y ágiles que podrían robar de tus bolsillos mientras te hablaban cara a cara.

El elfo, por su parte, era todo lo contrario al nilbog. Tenía el rostro cubierto en gran parte por una capucha de color azul oscuro que combinaba con sus ropajes negros, la cual no dejaba distinguir sus rasgos con claridad. Además, sólo dejó escuchar algún sonido de molestia ante la aguda voz del nilbog, o cuando este tocaba algunos temas específicos, como la gran hazaña que habían logrado los humanos de Zegrador al talar los bosques de Pyardann para demostrar quién mandaba. Obviamente el pequeño ser no sabía mucho de ese asunto.

Sumándose a la cansadora voz del nilbog y a las quejas del elfo, cientos de insectos rondaron sobre la carreta todo el viaje. También la humedad elevada y el poco espacio que tenía cada uno hicieron su parte para que los dos amigos estuvieran de mal humor. Las nueve horas que les llevó llegar a Metinndor, cuando anochecía, se les antojaron eternas.

Metinndor era una ciudad que parecía pertenecer a Fasnarím y no a Zegrador, debido a las costumbres nórdicas de su gente. Las construcciones eran de madera y paja y no de piedra como la mayoría en el reino, y las personas eran hurañas y reservadas. Incluso su Alcalde era

nórdico, hermano de un Jarl de Fasnarím, y muchas de las fiestas exclusivas de la gente del norte se celebraban también allí. Sin embargo, las leyes, impuestos y demás obligaciones coincidían con las exigidas en el resto de ciudades del Reino de Zegridor.

Al detenerse la carreta, el elfo y el nilbog desaparecieron rápidamente de vista, mientras que los dos amigos y el conductor se dirigieron a la posada. El edificio era pequeño comparado con el estándar de tamaño que solían usar los posaderos para regentar su negocio. La ubicación tampoco era del todo buena, ya que se encontraba alejada del mercado y de la plaza principal de la ciudad. Por este motivo, Wardric supuso que los constructores de la obra habían proyectado una casa común y corriente y no un lugar donde la gente se reuniría a beber un trago o a descansar cómodamente luego de una larga jornada de viaje. Teniendo en cuenta todo esto, se sorprendieron bastante cuando entraron y vieron lo concurrida que estaba.

–Trataré de conseguirnos una habitación, soy un poco más amable que tú –dijo Wardric guiñándole un ojo a su compañero.

–O quizás más embustero –lo retó Herstein sonriendo antes de darle un empujón.

Wardric avanzó hasta el mostrador mientras que Herstein se mezcló con la multitud que estaba reunida en uno de los rincones.

–¡Saludos, buen hombre! –El posadero, un sujeto mayoritariamente calvo que sobresalía del resto por un espeso bigote de varios centímetros de largo, le devolvió el saludo con un gesto afable. –Quisiera saber si mi amigo y yo podríamos hospedarnos aquí esta noche.

–Oh, tienen que hacerme el favor de perdonarme, señores, este lugar esta abarrotado –dijo el posadero mirando a su alrededor ensimismado. De pronto, abrió muchos los ojos y arqueó las cejas–. En realidad, me queda una habitación. No es mucho... ipero si la acepta se la dejaré a mitad de precio!

Wardric se rascó la mejilla afeitada. –Me parece justo –decidió al fin– ¿Puede agregar una segunda cama o un saco de dormir al cuarto?

–Por supuesto, por supuesto, joven. Enseguida estará lista. Diviértanse y beban mientras tanto. ¡La primera pinta de cerveza es gratuita!

Al decir esto, el posadero limpió un pichel utilizando su delantal de tela y lo llenó con una cerveza bien espumosa. Se lo alcanzó a Wardric y luego llamó a uno de sus ayudantes, a quien le ordenó por lo bajo que vaciara de porquerías la habitación de atrás y la preparara para los nuevos

inquilinos.

Herstein, a quien le gustaba que los demás le prestaran atención, estaba rodeado de personas que oían sorprendidas lo que estaba sucediendo en Fasnarím. Wardric lo escuchó y negó con la cabeza: no le parecía correcto que todos se enteraran a donde iban. Sin embargo, decidió no objetarle nada, su amigo ya tenía suficientes cosas en la cabeza de las que preocuparse. Apuró un trago y esperó sentado junto al mostrador.

Unos minutos después, el posadero le informó que su albergue estaba listo, y que había dejado algo de comer junto a las camas. Le agradeció con franqueza y se levantó para ir a buscar a Herstein. Al voltear, tropezó con un borracho que se bamboleaba hacia un lado y a otro, y ambos cayeron al suelo. Desde el piso, el ebrio lo insultó por interrumpir su diversión. Wardric se disculpó, y avergonzado por la cantidad de miradas puestas sobre él, alcanzó a su amigo.

Herstein se despidió de quienes lo rodeaban y luego ambos siguieron al posadero. El hombre del largo bigote los guio a través de un pasillo que se fue haciendo cada vez más oscuro y sucio a medida que se alejaban del vestíbulo. Cuando llegaron al final, el posadero se detuvo y señalando la puerta de la derecha dijo:

–Esta es, señores. Tengan la llave y disfruten de su estadía, por favor. ¿Quieren que los llame temprano por la mañana?

–Si no es molestia –convino Wardric.

–No lo es. Que pasen una buena noche.

Cuando se marchó, Herstein soltó una larga carcajada.

–¿Lo viste? –preguntó entre espasmos de risa.

Su amigo lo miró confundido. –¿Qué cosa?

–Ja ja ja, el moco que tenía pegado en el bigote ja ja ¿en serio no lo viste?

–Ja, por suerte no.

–Es el moco más asqueroso que vi en mi vida.

–Ya cállate, Herstein. Entremos.

Al ingresar notaron que el hombre no mentía sobre la parca comodidad del cuarto. Apenas tenían espacio para caminar ahí dentro. Los platos con comida que el posadero les había dejado estaban apoyados sobre un cajón

que hacía las veces de mesa. No había sillas, así que comieron sentados en las camas, que al menos eran dos.

El plato de lentejas acompañadas con pequeños trozos de carne estuvo bueno y la cerveza con la que lo acompañaron aún mejor. Comieron lento y en paz. Los gritos de la sala común apenas llegaban hasta allí, por lo que coincidieron en que al final el sitio no era tan malo.

Luego de cenar, y antes de irse a descansar, decidieron preparar sus pertenencias para el viaje del día siguiente. No habían hablado con el conductor del transporte respecto a las carretas que salían hacia Fasnarím, pero supusieron que debían de ser varias. Herstein no tardó demasiado y pronto se acostó, mientras que Wardric siguió revolviendo y hurgando desesperadamente entre sus cosas. El joven nórdico sabía que su amigo era muy riguroso con el orden, así que no le dio importancia. En realidad, el zegriense buscaba algo específico: el colgante de oro con la imagen de sus padres retratados en él. Oslac se lo había entregado de niño y desde entonces nunca se había separado de él.

–¿Has visto mi relicario, Herstein?

–Mmm, no, no lo vi –dijo el nórdico bostezando largamente.

–Tengo que encontrarlo.

–¿Revisaste entre tu ropa? Debes tenerlo por ahí.

–No, no lo tengo. ¡Maldición! –exclamó dándole un puñetazo al bolso–. Se debe haber caído en alguna parte, lo tenía en el bolsillo, estoy seguro.

–Si se cayó debe haber sido al bajar del carro.

–Iré a echar un vistazo.

–¿Tienes que hacerlo ahora mismo? –preguntó Herstein restregándose los ojos–. Mañana será un largo día y hay que descansar.

–Tú puedes dormir si quieres. Yo voy a intentar encontrarlo.

–Está bien, haz lo que quieras. Hasta mañana entonces.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta.

Wardric salió de la posada insultándose por lo bajo y se dirigió hasta el Edificio de Transporte, donde el conductor había aparcado la carreta, a través del mismo callejón lateral que recorrieron cuando llegaron a la ciudad. El pasaje estaba mucho más oscuro que unas horas atrás, pero él estaba demasiado enfocado en su collar como para darle importancia.

Apurado iba cuando, al alcanzar una de las esquinas que llevaban a la plaza principal de la ciudad, vio las siluetas de dos sujetos bebiendo bajo la luz de un farol. Uno era bajo y el otro alto. Decidió acercarse para preguntar por el colgante, pero se detuvo instantáneamente a unos cuantos pasos cuando pudo verlos mejor: eran Gribs, el nilbog, y el borracho con el que tropezó en la posada. Oculto bajo el amparo de la oscuridad, aguzó el oído:

–Tenías razón, pequeñajo –gargajeó el nórdico–, ese zegriense es más tonto que un perro ciego. Ni olió la jugarreta con la que le vacié el bolsillo. Mira –Wardric lo vio tomar el collar por la cadena, *su* collar, y mecerlo frente al rostro de su secuaz.

–Ji ji ji –rio con malicia el de la piel albina–. Gribs nunca se equivoca. ¿Qué treta pusiste en práctica para no llamar su atención? Ése con el que viaja es bien grandote, ji ji.

–Pero también es un charlatán. Nomás esperé a que se separaran y me arimé al tonto por atrás, imitando a un borracho.

–Ji ji, Gribs no cree que eso te haya sido difícil.

–No te pases de la raya conmigo, sabandija ¿Entendido? –El nilbog asintió, repentinamente asustado–. No me fuerces a darte una de la buena. ¿En que estábamos? Ah, sí, el tonto zegriense. Ja ja, cuando volteó para ir con su amigo, me chocó y ambos caímos tumbados al suelo, y yo aproveché y enterré mis ágiles dedos dentro del saquillo de su camisa.

–Ahh, el viejo truco que tu hermano le enseñó también a Gribs, nunca falla dijo. Habría que ganarles algo más a esos dos ¿no crees?

–Me gusta cómo piensa esa cabecita tuya, pequeñajo, hay que dejarlos secos. Pero ya es hora de que hagas algo tú. Yo sólo te apuntaré que están echados en la habitación de atrás, la que da al estercolero.

–Bah –se quejó el nilbog–, todos rebajan siempre el trabajo de Gribs. Pero ahora Gribs te mostrara qué botín puede conseguir. A él le encantará ver tu cara cuando vuelva aquí.

Sin esperar más, Wardric regresó sobre sus pasos y corrió por el pasillo de la posada hasta la habitación. Herstein se despertó de inmediato, de mal humor. El tiempo que le llevó a su amigo explicar lo que sucedió y lo que estaba por suceder fue lo que tardó en desperezarse.

–Hay que emboscarlo –dijo Herstein poniéndose de pie–. Es la única

forma de recuperar tu collar.

Wardric, arrastrado por la adrenalina, no se negó. No sólo eso, ideó un plan. –Yo fingiré dormir. Tú espéralo detrás de la puerta. Cuando veas que es el lad...

–No lo dejaré escapar.

Los minutos pasaron y nadie aparecía, hasta que oyeron pasos ligeros que se aproximaban por el corredor. Inmediatamente después, escucharon como el ladrón ponía a prueba su habilidad intentando forzar la cerradura de la puerta. Lo logró, el cerrojo se abrió con un sonoro *crick– Crick*; la puerta se abrió con suavidad y una sombra entró a la habitación. Herstein lo vio observar los bultos de la cama y percibió una sonrisa. El ladrón avanzó, agazapado, hasta los bolsos desparramados sobre el cajón. De improvisto, un fuerte brazo armado con un arma blanca lo sujetó del cuello.

–¡Quédate quieto, maldito rapaz! –le ordenó Herstein– Un movimiento en falso y cortaré tu cuello.

–Está bien, está bien... cálmate –suplicó el nilbog con los ojos desorbitados–. Gribbs solo se equivocó de habitación.

Wardric se levantó de la cama y lo acometió. –¡Mientes! –lo señaló con el dedo–. Te escuché hablar con tu secuaz en el callejón. ¡Devuelvan mi relicario!

El pálido ser cambió totalmente su actitud pasiva. Comenzó a zamarrearse de un lado a otro como una rana atrapada, intentando librarse. No lo logró, su fuerza y la de Herstein eran incomparables. Al final, acabó dándose por vencido.

–Mejor atémole las manos –dijo Herstein–, su piel me da escalofríos.

–¡No, por favor! ¡No soporto el roce de las cuerdas con mi piel! ¡Me harán sangrar!

Wardric miró a su compañero, éste lo hizo sin cortesías.

–Llévemolo a visitar a su secuaz –propuso el joven nórdico–. Debe estar impaciente por verlo regresar.

Salieron de la posada observando ambos lados del camino. Herstein iba delante, sosteniendo de los hombros al intruso, Wardric caminaba un poco más atrás: con la serenidad un tanto recobrada, su conciencia le preguntaba si estaban haciendo lo correcto. Herstein parecía dominado por la adrenalina y eso le preocupaba. Se lamentó por no ser quien

sostenía al ladrón. La visión del secuaz del nilbog lo hizo concentrarse.

–Allí está –señaló–, bajo el farol.

–Lo veo. Tú intenta rodearlo, Wardric, no quiero que escape al vernos llegar.

–¿Estás seguro?

–No dudes en actuar si algo sale mal, necesitaré tu ayuda.

Gribs aprovechó el descuido y logró aflojar las amarras valiéndose de sus afiladas uñas. No huyó, sino que siguió caminando como si no hubiera hecho nada.

El secuaz del nilbog estaba sentado en un banco de madera, bajo la luz del farol, silbando tranquilamente como si fuera un ciudadano común y corriente. De pronto, giró la cabeza y vio la silueta de su cómplice caminando lentamente hacia él.

–¡Tardaste demasiado! –exclamó levantándose-. Estaba a punto de ir a buscarte. ¿Conseguiste robarle algo más a esos idiotas, pequeñajo?

–¡Cállate, imbécil! –le contestó Gribs con un grito.

–¿A quién le dices imbécil, basura inmundada? ¿No te dije que te iba a zurrar si te pasabas de la raya, sabandija?

Herstein salió de atrás de su prisionero, apoyando otra vez el cuchillo en el cuello del nilbog –¡Quédate donde estas y devuelve lo que robaron!
¡Hazlo o la garganta de tu amigo se convertirá en una cascada de sangre!

El ladrón nórdico abrió los ojos y la boca, vaciló y retrocedió, pasmado.

–¡Dáselos, Diarf! ¡No dejes que Gribs sufra más!

–¡Cállate, insolente! No se los voy a dar, el collar es mío ahora, de nadie más.

Wardric apareció en ese momento, desde la retaguardia del ladrón. El tal Diarf, al igual que un animal salvaje acorralado que gira sobre sí mismo para hacerle frente a su atacante, sacó una daga del cinturón.

–¿Quieren pelea? –dijo riendo–. Vaya si les daré pelea. Rivales más fuertes que ustedes enfrenté, y nunca perdí.

Al ver que la batalla era inevitable, Gribs se liberó de sus ataduras y se escabulló de Herstein, yendo a parar al lado de su secuaz, el secuaz al que

no le importaba ni un poco la vida del nilbog, pero que se mostró agradecido de contar con ayuda.

–Baja el arma y entrega el collar –insistió Wardric–. No hay porqué pelear.

Pero Herstein ya tenía decidido atacar. Se lanzó sobre su compatriota, y enseguida Wardric sufrió la carga del nilbog.

Gribs se aferró a su cuerpo como una garrapata al lomo de un perro, clavándole las uñas con fuerza en el cuello y el hombro. Wardric gritó de dolor y furia y se zamarreó hasta que por fin consiguió zafarse del pequeño albino. Entonces, consiguió darle un puñetazo en pleno rostro; el nilbog cayó hacia atrás, y, al levantarse, se limpió los labios violáceos. Le sangraban, y también la nariz, aunque no se dio cuenta de ello.

Mientras, Herstein y su rival caminaban en círculos, midiéndose, intentando encontrar una brecha en la defensa del otro. De pronto Diarf se cansó y lanzó un ataque de cuchillo tras otro, dirigidos directamente al pecho de Herstein, con claras intenciones de dejarlo fuera de combate, y para siempre. El joven nórdico los esquivó, aunque no sin llevarse un corte en la parte alta del hombro izquierdo; sin embargo, en un desesperado contraataque, aprovechó el desacomodo de su oponente y se lanzó sobre él. Ambos cayeron al piso. Forcejearon, primero uno arriba y el otro abajo, luego al revés, y otra vez como al principio, hasta que Herstein logró hundirle el cuchillo en el estómago. El ladrón jadeó, jadeó de nuevo, y finalmente se rindió. Su cabeza se ladeó a un lado y sus ojos quedaron mirando la nada.

Gribs vio caer a su compañero y la cobardía se apodero de él. Echó a correr en dirección a la posada, pero Herstein no tenía intención alguna de dejarlo ir: en un rápido movimiento, extrajo el cuchillo de la barriga del muerto y se lo lanzó por la espalda. El pequeño albino cayó salvajemente, boca abajo, contra el suelo. La empuñadura del cuchillo sobresalía de su espalda.

Wardric miró boquiabierto a su amigo. Herstein lo ignoró, concentrado en avanzar hasta Gribs. Se agachó junto al ladrón, lo observó bien y notó que aun respiraba, dificultosamente.

–¡Por favor!... no mates a Gribs –suplicó el nilbog dándose la vuelta, llorando–. Él... él puede hacerte un hombre muy rico... sólo debes permitir que vaya a ver a un sanador.

–No quiero el dinero, ni tampoco que le robes a alguien más en un futuro –contestó Herstein, impasible–. Debiste pensar mejor tu profesión, ladrón

–sentenció y sin piedad le enterró todavía más el cuchillo en la carne.

Luego, con la misma frialdad, retiró el cuchillo del cadáver y lo limpió en la ropa de este.

–Revísales los bolsillos al otro, Wardric. Allí debe estar tu collar.

El zegriense estaba enmudecido. Estaba impactado por ver la crueldad de la que era capaz su amigo.

–¡Wardric! –insistió Herstein al ver que no reaccionaba–. ¡Revísales los bolsillos!

Wardric avanzó a gachas hasta el otro cuerpo, metió la mano en la chaqueta ensangrentada y encontró lo que buscaba junto a una diminuta bolsa de arpillera tintineante, posiblemente dinero de otra víctima. Wardric alzó en silencio el collar para mostrárselo a su amigo. A la bolsa la dejó en su sitio.

Capítulo 2

2

El bosque de los elfos

I

Herstein dormía plácidamente, como si lo ocurrido durante la noche fuese algo común y corriente. Wardric, en cambio, no había podido dormirse y la mañana ya había llegado, a juzgar por el sol que empezaba a filtrarse por la ventana, tenue y oblicuo.

Alguien golpeó la puerta de la habitación desde el pasillo.

–Señores, amaneció hace un momento, levántense si así lo desean. –La voz era la del posadero.

–Gracias –contestó el zegriense, era cuanto podía pronunciar en ese estado.

Despertó a su amigo con un zamarreo, se cargaron sus cosas al hombro y caminaron por el pasillo hasta la sala común. El posadero los invitó a sentarse en una de las mesas: lo hicieron uno frente al otro. La posada estaba totalmente distinta a esa hora temprana. Nadie reía ni cantaba, de hecho, las demás mesas estaban vacías excepto en aquellas en la que alguien se había quedado dormido de la borrachera.

–¿Quieren algo de desayunar? Lo siento, esta vez no será gratis.

–Tráiganos un pescado frito a cada uno –pidió Herstein–. No debería ser algo caro.

–No lo es –les sonrió–. Enseguida les traigo, señores.

–Espere, antes de irse háganos otro favor –dijo Wardric–. Debe enterarse de todo lo que ocurre por la ciudad ¿verdad? –El hombre asintió no muy convencido–. ¿Ocurrió algo malo en la calle durante la noche? Oí gritos desde la cama.

Al posadero se le borró la anterior sonrisa, y miró a Herstein con un dejo de sospecha. El joven nórdico estaba sorprendido por la pregunta de su amigo, pero cuando notó que lo observaba, le devolvió la mirada,

impasible.

–Pues anoche sucedió algo que sería mejor no escuchar antes de comer
–dijo el posadero.

–Cuéntenos –pidió el zegriense.

–Bueno, si usted lo desea, se los diré: asesinaron a dos pobres personas cerca de la plaza, no, no, en realidad a uno, el otro era uno de esos nilbog. Dicen que fue a sangre fría, que ellos no pudieron defenderse.

Los ojos de Wardric se clavaron en los del joven nórdico.

–¿Atraparon al asesino? –preguntó Herstein.

–La guardia lo está investigando, pero doy por seguro que no lo hallaran, nunca lo hacen. –Antes de que el joven nórdico siguiera con otra disimulada pregunta, el hombre del largo bigote se marchó hacia la cocina caminando velozmente.

Minutos más tarde, los platos ya estaban listos sobre la mesa. Herstein se restregó las manos y empezó a comer. Enseguida se detuvo.

–¿Qué te ocurre? Estás distraído, ni siquiera probaste un bocado.

Wardric no contestó.

–¡Ey! ¿Me estas escuchando?

–Estoy pensando en lo que hicimos –expresó el zegriense haciendo definitivamente a un lado el cubierto.

–Chist. Sólo hicimos lo necesario para recuperar tu reliquia –Herstein acentuó sus palabras señalándolo con el tenedor-. Ellos no nos dejaron otra opción, que eso te quede bien claro.

–No estoy tan seguro. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar a los demás? ¿Quiénes somos para decir que está bien y que no?

–Eran ladrones, Wardric, se ganaban la vida robando a quienes se esfuerzan por conseguir sus objetos y dinero. Eso está mal, quien diga lo contrario es un necio.

–¿Y asesinar a alguien no está mal? Sus muertes no eran necesarias, debimos avisar a la guardia. No me gustó tu actitud anoche, mataste

alguien que solo quería huir.

–¿Ahora me culpas a mí? ¡Tú fuiste el que quiso recuperar ese estúpido collar! –exclamó Herstein dándole un puñetazo a la mesa. El borracho que dormía con la cara apoyada en otra mesa se incorporó de repente–. ¿Querías que lo deje escapar para que se aproveche de alguien más? –Bajó la voz–. Esa sabandija no merecía vivir, Wardric.

El zegriense se levantó y salió de la posada. Herstein lo dejó marcharse. Recuperando su tranquilidad y frialdad, comió de su plato y del de su amigo también.

–¡Posadero! –gritó cuando acabó. El otro llegó inmediatamente–. ¿Dónde puedo tomar una carreta que parta hacia Fasnarím?

–Me temo que llegó en mal momento a la ciudad, joven. Un carromato sale siempre a mitad de cada mes hacia el reino nórdico, pero eso fue hace cinco días.

–¿Lo dice en serio? –El posadero movió la cabeza arriba y abajo energicamente–. ¡Maldición! Creí que eran muchas las carretas que partían hacia allí.

–Lo eran, ahora con la guerra... Ni siquiera puede usted ir a pie por el camino, en la frontera le harían dar media vuelta sin un pase.

–¿No hay otra forma de ir hasta Fasnarím? Una más corta, y que nos ayude a sortear el punto de control.

–He oído decir muchas veces a viajeros y aventureros que existen otros dos caminos que atraviesan las Montañas Ventosas y pasan al otro lado de la Muralla Entretejida. Uno, antiguamente el más usado y conocido según lo que oí, es el Paso Hundido, un estrecho sendero que queda al norte de aquí y al este de la torre esa del Consejo. El otro camino... es un antiguo pasadizo del que muy pocos conocen la entrada, dicen que Los Antiguos lo usaban como carretera de transporte durante la Rémora Blanca.

–¿Son peligrosos? –preguntó Herstein, aunque en realidad no le importaba en absoluto.

–Lo son, incluso más que cualquier camino en Ralzen. Hay bandidos y bestias, y vaya a saber que más en el bosque cercano. Muy pocos lo recorren ahora –explicó insensible el posadero, acostumbrado a hablar y escuchar de ello–. Del segundo poco se sabe, pero déjeme aconsejarle que no vaya por allí, esos túneles siempre tienen trampas escondidas.

–Entonces indícame como llegar al Paso Hundido.

–Puedo decirle a mi ayudante que se lo enseñe, yo no puedo dejar la posada ni un instante o quedara patas para arriba. Además, él ha ido hasta ese límite varias veces ¿Quiere que le diga que lo acompañe a usted?

–Ayudaría mucho –afirmó el nórdico.

Herstein y Erbol, un muchachito pelirrojo y con la cara llena de acné, salieron juntos de la posada. Wardric los vio salir y se levantó del palenque donde estaba apoyado. Su semblante parecía mucho más relajado.

–El chico nos mostrara el camino que tomaremos hasta Fasnarím –dijo Herstein-. No hay carretas que salgan de aquí ahora, y este sendero es más corto que el principal.

Wardric le dedicó una de sus penetrantes miradas, esa que había heredado de su padre y que cada uno que la veía la interpretaba como quería, y sin decir nada los siguió.

Atravesaron el aún abarrotado mercado y salieron de la ciudad por la puerta oeste. Al cabo de un par de kilómetros se apartaron de la carretera y caminaron al norte hasta que entraron a la sombra de Las Montañas Ventosas y se toparon con un pequeño camino de tierra.

–Los señores deben seguir este sendero hasta que lleguen a un arco de piedra –dijo el muchacho, de unos doce años-. Al llegar allí, los señores deben pasar por debajo de él y dirigirse al este, por el puente que cuelga. Les llevara una jornada de caminata llegar al siguiente bosque, el que está exactamente al pie de las montañas. Deben tener cuidado si la noche llega con ustedes ahí, dicen que ocurren cosas extrañas.

–¿Cosas extrañas? –inquirió Herstein sonriendo.

–La gente dice que de noche aparecen seres que raptan a los niños, señor –respondió Erbol, sombrío-. Así que en cuanto el sol se esconde, nadie transita estos caminos. Nadie que sea de por aquí al menos.

El joven nórdico frunció los labios, suponiendo que era una historia que los padres inventaban para que sus hijos no se alejaran demasiado de la ciudad.

–Mándale saludos míos a tu jefe. Vamos, Wardric, debemos seguir.

El muchacho los despidió y los dos amigos continuaron rumbo al Paso

Hundido, ya cuando acontecían las primeras horas de la tarde.

El sendero de tierra serpenteaba rodeado de _árboles_, apenas visible entre los troncos caídos, las piedras y raíces, entre la hierba que poco a poco mordía un poco más de él. Aún con todo esto no tardaron demasiado en llegar al arco de piedra, y un poco después a un barranco de al menos cuarenta metros de altura y unos quince o veinte de ancho, donde colgaba el puente mencionado por el ayudante del posadero.

El puente parecía haber sido construido un siglo atrás. Las maderas se habían podrido, varias de ellas llevaban años descansando abajo, en el fondo del peñasco, y las cuerdas mostraban flecos e hilachas sueltas, además de que la fuerza de sus nudos parecía haberse aflojado. No fue eso lo que los llevó a considerar si era seguro continuar o no. Lo que los alarmó fue ver una clara señal que indicaba que a partir de allí viajarían por terreno peligroso: colgados, en un árbol justo en el borde del barranco, se movían al ritmo del viento los cuerpos de un par de personas.

–Es una señal de bandidos –dijo Wardric hablando luego de haber estado horas sin hacerlo.

–Debe ser para marcar su territorio, como los animales que son. La ignoraremos, no hay una mejor opción que este camino. Viajemos con cuidado y no habrá problemas.

Cruzaron el puente uno a la vez, Herstein primero, Wardric segundo. No se arriesgaron a comprobar si los podría haber soportado a ambos, evitar cualquier riesgo era primordial. Una vez se encontraron del otro lado, continuaron el camino.

El entorno fue cambiando a medida que avanzaron al norte. Se volvió más seco, menos frondoso. Los árboles lucían ahora tan muertos como los ahorcados que colgaban junto al puente; en el aire, volando en círculos, los cuervos graznaban oliendo la carroña, o quizás esperando a que dos viajeros desafortunados pasasen a mejor vida. Sin embargo, luego de ese tramo, llegaron al límite de ese segundo bosque que Erbol había mencionado, al pie de las Montañas Ventosas: uno tan verde como si un río hidratase las raíces de los árboles constantemente. Extraña y cambiante era esa zona del reino.

El camino continuaba perdiéndose en la boscosidad nubosa. El anochecer estaba por llegar.

–Creo que será mejor acampar aquí y continuar mañana –dijo Wardric-. Ese jovencito pelirrojo dijo que no era seguro entrar en el bosque de

noche.

–¿Tienes miedo? –se burló Herstein, bromeando para ver sonreír a su amigo–. El chico dijo que esos seres se llevaban a los niños, y tú ya estás algo crecidito.

–No seas chiquillo, Herstein –lo reprendió con seriedad– Puede que esos seres no existan, pero en un bosque hay osos, y a ellos no les importa si eres un niño o un adulto.

–Está bien, de todos modos estoy cansado. Alguien debe encender fuego, pero primero necesitaremos leña. Iré al bosque a traerla, tú te ocupas de armar la tienda. ¿De acuerdo?

–Me parece bien pero no te alejes demasiado –suspiró el zegriense-. Si algo te ocurre no podré ir a buscarte en la oscuridad, debes saberlo.

–¡Ja! Mi amigo, no será la primera vez que entre en un bosque de noche, ¿O te olvidas de las veces en que me escapaba de la ciudad para ir hasta el Bosque Estrellado con Akelda?

–No lo hago, solamente procura regresar rápido.

–Lo haré, no te preocupes.

Al perder de vista a Herstein entre los grandes robles del bosque, Wardric comenzó a desempacar las cosas para armar la tienda de campaña. Lamentablemente, en la mente del nórdico no había un claro límite entre valentía y estupidez. Siempre había disfrutado mucho estar rodeado de árboles enormes, viejos, respirando el agradable olor que desprendían, el olor a sabiduría lo llamaba él. Vio ardillas corretear y saltar de una rama a otra, y aves salir volando al escuchar sus pasos. De vez en cuando se inclinaba a recoger alguna rama muerta o un pequeño tronco, pero todo lo hacía sin ningún apuro. También, cada cierta distancia, marcaba la corteza de un árbol con su cuchillo para trazar su recorrido y así no perderse de regreso, era un hábito heredado de su abuelo.

Más o menos una hora después, consideró que contaba ya con la leña suficiente como para regresar y mantener el fuego encendido toda la noche. Cuando iba por la mitad del viaje de regreso, le pareció distinguir un grito no muy lejano; con tranquilidad supuso que era Wardric llamándolo para que retornara al campamento.

– ¡Ya voy, madre! –gritó riendo.

Las marcas le ayudaron a guiarse en las penumbras del crepúsculo. Ya sin distraerse avanzó por el bosque de forma rápida. Entonces, cuando estuvo

más cerca del campamento, volvió a escuchar más gritos, muchos gritos.

–¡Wardric! –vociferó exaltado, y tras arrojar al suelo toda la madera, echó a correr.

Luego de largos minutos esquivando una y otra vez las difusas formas de enormes troncos y matorrales, en ocasiones chocando con ellos, llegó al campamento. Ante la escena que se dibujó frente a sus ojos, dejó de sentir su cuerpo, y aunque quiso acercarse, las piernas, clavadas en la hierba, no le respondieron: junto a la tienda que Wardric había armado yacían los cuerpos de cuatro personas, todas ellas desconocidas para Herstein. Las armaduras con trozos de piel que portaban se encontraban manchadas por la sangre que caía de las cabezas de los cuatro, cada una con una certera flecha incrustada.

–¡Wardric! ¡¿Wardric dónde estás?!

No obtuvo respuesta pero escuchó una tos. Miró alrededor y vio a otro hombre tumbado en el piso, también con una armadura de piel que de nada le sirvió contra una flecha que tenía clavada en medio del estómago. O sí, le sirvió, pues todavía respiraba.

El joven nórdico se acercó a él y lo tomó del cuello de la ropa.

–¡¿Qué paso aquí?! ¡¿Dónde está mi amigo?! –exigió saber. El sujeto giró su cabeza hacia un lado y no quiso responderle. –¡Contesta!

– Los encapuchados... se lo llevaron... –contestó vagamente-. Ya no... ya no está aquí.

–¿A dónde lo llevaron? –insistió inútilmente. El sujeto había dicho su última palabra: su herida fue mortal. –¡Maldito seas! –bramó, soltándolo con toda su fuerza al suelo. Ya sin un solo rayo de luz solar, sabía que se le haría imposible buscar huellas que le mostraran por donde se habían ido. Suspiró amargado-. Tendré que esperar el amanecer.

II

Wardric estaba aturdido, su cabeza daba vueltas. Oía voces a su alrededor, aunque no entendía qué decían. Alguien lo sujetaba firmemente de ambos brazos y con empujones lo instaba a moverse, impidiéndole detenerse o girar a un lado. Sus ojos no funcionaban, no veía nada a pesar de tenerlos abiertos. Sólo por la cantidad de pasos, apenas audibles, pudo determinar que además de su captor varias personas

caminaban cerca de él.

–¿Qué hacen?! ¿A dónde me llevan? –preguntó con desesperación.

Como respuesta recibió otro empujón. Sus captores lo hicieron avanzar a un ritmo altísimo durante al menos una hora. La distancia que recorrieron hasta detenerse le fue incierta. Escuchó a alguien más adelante hacer una pregunta; con su mente algo más despejada, entendió que se trataba de elfos. Otro le contestó al primero con voz firme y autoritaria en su propio idioma.

Luego siguieron avanzando unos cuantos metros más, hasta que le quitaron la venda que cubría sus ojos y lo arrojaron al suelo con violencia. Le llevó unos minutos acostumbrar su vista a la luz de las llamas de varias fogatas y antorchas. En cuanto recobró ese sentido pudo descubrir lo que lo rodeaba. Se hallaba en una pequeña jaula construida con finos troncos de álamo, en algún lugar de un campamento cercado por una empalizada. Un guardia lo vigilaba desde un tocón de árbol.

Había muchos elfos y elfas, pudo contar con facilidad tres decenas, aunque debían de llegar a las cuatro: una revolvía el contenido de una olla de gran tamaño, otro grupo vigilaba el ciervo que asaban en el fuego, mientras alguien tocaba una melodía ligera con una flauta. Hablaban, pero Wardric no pudo entender qué decían; sólo a veces se oía alguna exclamación o insulto en la lengua común, generalmente cuando notaban que él los observaba.

No vio tiendas de acampar, aunque sí pequeñas casitas construidas en lo alto de los árboles dentro de la empalizada; para subir hasta ellas tenían largas escaleras de mano, que desembocaban en las plataformas sobre la cual estaban construidas las casas. Desde las alturas un par de elfos observaban el campamento. En otra de esas plataformas, vio a una elfa muy anciana, con el rostro cubierto de una pintura blancuzca, sentada con los pies cruzados y un gesto sereno.

Los elfos no tardaron demasiado en sentarse en pequeños troncos alrededor del fuego, dispuestos a comer lo que llevaban tiempo cocinando. Antes de servirse una porción para cada uno, se inclinaron ante el ciervo asado. Cuando todos tuvieron un plato en sus manos, uno de ellos se puso de pie y lo levantó hacia la vieja elfa.

–¡Dor Alinar ly nurvi Cerileth! –dijo.

–¡Dor Alinar ly nurvi Cerileth! –repitió simultáneamente el resto.

Luego de eso empezaron a comer entre conversaciones susurrantes, como si estuvieran confabulando un gran plan, o como si temieran ser oídos por las criaturas del bosque. Wardric los observó hasta que la barriga le gruñó

con furia, entonces eligió desviar la mirada. Con su pensamiento concentrado en Herstein, preguntándose de una y otra forma donde estaba su amigo, soltó un largo suspiro y clavó sus ojos en el cielo nocturno.

-Esperas a alguien, caminante. –La voz cercana de una mujer le hizo dar un respingo. Cuando miró, vio a la anciana aparecer desde las sombras que dominaban el campamento, encorvada sobre un bastón torcido. Las arrugas de su rostro eran muchas y la luz titilante de las antorchas parecía cavarlas todavía más en su piel. Wardric se puso de pie de inmediato y se acercó cuanto lo dejaron los barrotes-. A un amigo, por el modo en que lo buscas entre las estrellas.

Pensó por un instante qué respuesta debía dar, pues no quería comprometer a Herstein, pero las palabras de la anciana no le habían sonado como una pregunta, más bien como una afirmación. Prefirió guardar silencio.

-Nunca es bueno viajar solo, debes saberlo, caminante. Aquellos que andan en soledad a menudo yerran los caminos, y muchas veces terminan siguiendo la dirección contraria. Con alguien querido a tu lado nunca vagaras con rumbo equivocado, pues toda senda será la correcta.

-Aquí encerrado no puedo seguir ningún rumbo –aseveró Wardric-. Y eso es más desesperante que ir hacia atrás sin tener conocimiento de ello. No merezco estar aquí, no hice nada para terminar de esta manera. Debe liberarme, anciana, itengo un largo camino por delante y el tiempo corre en contra mío!

La anciana rodeó lentamente la celda hasta que la luz de la hoguera le dio en la espalda. –Acércate a la luz, caminante. Quiero ver tu rostro.

El zegriense obedeció, quedó cara a cara con ella y clavó su mirada en los ojos rodeados de arrugas. Se esforzó por mostrar determinación, por mostrarse firme en su convicción, erguida la cabeza, levemente fruncido el ceño, los labios una línea recta. Mas la anciana le sostuvo la mirada, los ojos se veían luminosos en un rostro ensombrecido, y de alguna manera ello le arrebató toda seguridad, lo hizo recorrer en su mente un camino de niebla, de ceniza, de acero, y el ceño fruncido se vio reemplazado por una elevación de las cejas, por unos ojos bien abiertos, unos labios que soltaron una exhalación ruidosa. Pronto se vio de rodillas, con la frente perlada en sudor, y las manos le temblaron al pasarle frente a sus ojos una imagen tan fugaz como aterradora: el cuerpo de Herstein tendido sobre la hierba chamuscada, pertrechado en una armadura de acero que dejaba al descubierto únicamente su rostro, ensangrentado, pálido, con la rigidez de la muerte; con la mano puesta sobre el pecho encerraba un relicario, en el que Wardric alcanzó a ver el rostro de su madre y su padre antes de que fuera consumido por las llamas. En ese lugar, en algún

rincón de Ralzenn, el cuerpo de su amigo era uno de cientos.

La visión se volvió difusa, y ahí se quedó él, meciéndose en la jaula, agitándose en un estado de desasosiego que le arrebató la noción del tiempo. Cuando volvió en sí, ni la anciana ni los elfos estaban ya alrededor de la hoguera, el campamento dormía. Una vez más, se preguntó dónde se hallaba su amigo.

III

Ni bien el primer rayo del sol le impactó en el rostro, Herstein comenzó a investigar la zona en busca de huellas o pistas que indicaran la dirección por la cual se llevaron a su amigo. No era un gran rastreador, ni mucho menos, pero cuando alguien querido está en peligro todos explotamos al máximo nuestras aptitudes. Se arrastró por el campamento y sus alrededores. Había muchas huellas, tantas que lo confundieron. La mayoría en el lugar del combate, no, no del combate, de la masacre, donde el suelo estaba tan pisoteado como la moral de un esclavo. Sin embargo, había unas marcas extrañas que salían de la tienda de campaña, como si una enorme serpiente hubiera pasado por allí.

Quizás alguien que huía del ataque, pensó.

No obstante, estas marcas desaparecían abruptamente junto a otras huellas más suaves, hechas por personas mucho más ligeras que los bandidos. Este rastro apenas perceptible se adentraba hacia la parte noreste del bosque.

–Es todo lo que tengo –se dijo resignado–. De cualquier modo quedarme aquí no solucionara nada.

Sin perder tiempo se puso manos a la obra, sabiendo que las huellas no durarían por siempre, especialmente teniendo en cuenta que el nuevo día había amanecido con un fuerte viento. Varias veces perdió la dirección y tuvo que volver sobre sus pasos para buscar minuciosamente el detalle omitido. Entonces todo comenzaba de nuevo. Y así durante horas.

En el transcurso, Herstein notó que, aunque zigzagueantes, las pisadas eran firmes, aparentemente siguiendo una dirección específica y no un rumbo cualquiera, sin duda avanzando hacia un lugar conocido.

Siguió las huellas hasta que al fin oyó voces. Venían de adelante, y no eran lejanas. Permaneció inmóvil y agudizó los oídos por unos segundos: no entendió ni una palabra de lo que escuchó.

Se acercó sigilosamente a las voces, rodeándolas por la derecha, yendo de árbol en árbol, furtivamente. Entonces se topó con una empalizada, de no menos de tres metros de alto, construida con troncos de árboles. Las voces eran de dos sujetos que montaban guardia en la entrada. Detrás de la espalda llevaban un carcaj para alimentar el arco que sostenían en las manos. Uno de ellos tenía puesta la capucha sobre la cabeza, pero el otro no, permitiéndole a Herstein reconocer que se trataba de elfos.

–Los encapuchados –murmuró.

Se aproximó a la empalizada y rozándola con el hombro derecho, avanzó agazapado en dirección contraria a la ubicación de los guardias, suponiendo que debía de haber algún fallo o hueco en la valla que le permitiera pasar al otro lado. La rodeó por completo hasta llegar nuevamente a ver a los guardias y no encontró forma alguna de colarse.

Maldijo en voz baja y decidió alejarse para pensar que hacer. Se sentó bajo la protección de un árbol a medio caer y una roca inmensa. Pensó. La idea más brillante que se le vino a la mente fue la de hacer un pequeño agujero o túnel junto a la empalizada y pasar así por debajo de ella, pero pronto la desechó pues no disponía de las herramientas necesarias para llevarla a cabo. También descartó echar abajo uno de los troncos de la empalizada.

Se peinó el cabello con las manos. Luego se quedó inmóvil, concentrándose en su objetivo. Tan inmóvil estaba que una ardilla pasó junto a él y se detuvo en frente sin advertir su presencia, a tan solo un par de pasos. Herstein la miró, sorprendido. El pequeño roedor parecía estar buscando comida, olfateando el aire con sus largos bigotes y correteando de un lado a otro en pequeñas ráfagas de velocidad. El joven nórdico todavía le seguía con la mirada cuando llegó hasta uno de los árboles más altos de la zona y se detuvo en seco. Del otro lado de la muralla, una paloma arreglaba su plumaje en una rama.

–Mala suerte, amiga –dijo el nórdico–, creo que tenemos el mismo problema.

La ardilla no pareció inquieta, ni mucho menos. Volteó su cabeza, asegurándose de que su público de un solo hombre estuviera atento, y trepó por el tronco a toda velocidad hasta quedar por encima de la paloma. Lentamente se deslizó hasta el extremo. Entonces volvió a dar una ojeada a su presa, que todavía se acicalaba con tranquilidad, y calculó la distancia. Satisfecha, saltó. Su cola se ensanchó en el aire y aterrizó sobre la paloma, sorteando la empalizada, justo cuando ésta intentó emprender el vuelo.

Los ojos y la boca de Herstein no pudieron quedar más abiertos. Su rostro

se iluminó.

IV

Wardric, que llevaba una hora dormitando, se incorporó al oír una voz cercana y enfocó sus ojos directamente en la puerta de la jaula. Un guardia la había abierto y le señalaba que lo siguiera.

No le volvieron a vendar los ojos ni tampoco amarraron sus pies o manos, lo que le permitió ver el sol en lo alto del bosque. Para su sorpresa, el mediodía había quedado atrás hacía un par de horas. El escolta lo guio al centro del campamento, hasta la hoguera junto a la cual los elfos habían cenado por la noche. Allí lo esperaba, afilando con paciencia y habilidad una daga de preciosa decoración, el elfo que había levantado su cuenco respetuosamente hacia la anciana.

–Peindin sors –le ordenó al guardia. Luego le indicó a Wardric que se sentara frente a él– ¿Quién eres y por qué acampas en nuestro territorio?
–Las palabras sonaron exóticas por su acento–. No muchos hombres andan este camino y menos son los que logran pasar sin nuestro beneplácito.

–Mi nombre es Wardric, mi hogar es Puerto Oeste, en la costa del Mar Central, pero estoy viajando a Fasnarím. Desafortunadamente, perdí la carreta que me transportaría hasta allí y un posadero me indicó que podía venir por aquí.

–¿Y qué propósito te lleva a la tierra de los nórdicos? ¿Viajas solo?

El joven zegriense pensó por un instante que respuesta debía dar, pues no quería comprometer a Herstein. Finalmente, luego de que el elfo repitiera nuevamente la última pregunta, contestó afirmativamente: –Soy un hombre solitario.

–Ya veo –dijo el otro moviendo su cabeza arriba y abajo a modo de aceptación–. Aún no me has revelado porqué marchas hacia Fasnarím.

–Voy a visitar a un familiar, hace tiempo que no lo veo.

–Extraño es el momento que has elegido para hacerlo. Una guerra está librándose allí.

–Deben ser sólo rumores –aseguró Wardric.

–Puedo testificar que no. –El jefe elfo se puso en pie–. Ven, sígueme, te

enseñaré algo que te interesará.

Lo llevó a través del campamento hasta una cueva formada en la ladera de una colina baja, en el centro de la empalizada. La entrada estaba cubierta por una gran roca circular y era custodiada por otros dos guardias, que desbloquearon el acceso al ver acercarse a su jefe.

Entraron.

Dentro estaba húmedo y por poco a oscuras, iluminado sólo por un rayo de luz que se colaba diagonalmente por un hoyo en el techo. Todo estaba tal como se había formado naturalmente: las paredes de roca lisa y la caída continua de gotas de una lluvia pasada le daban un ambiente sombrío y claustrofóbico.

En primera instancia Wardric no vio nada fuera de lo común, pero lentamente fue distinguiendo una figura en el centro de la cueva que le fue llamando cada vez más la atención, hasta que finalmente descubrió que se trataba de una persona de rodillas. No pudo ver el rostro ni el contorno de la cabeza, pues tenía una bolsa de arpillera que la cubría totalmente. Por lo tenso de los músculos de los brazos y el torso desnudo, supo que se trataba de un hombre cuyas manos estaban amordazadas por detrás de su espalda.

–Es uno de los bandidos que atacó tu campamento, el único que sobrevivió –dijo el elfo-. En este bosque que llamamos hogar y que protegemos con celo por conveniencia propia y ajena no toleramos a los de esta calaña: esta basura, no animal ni salvaje como lo llamarían ustedes, será ejecutado este mismo día. ¿Crees que es un castigo justo?

Wardric calló por un momento. Luego habló con un ligero temblor en la voz:

–Es lo que merece.

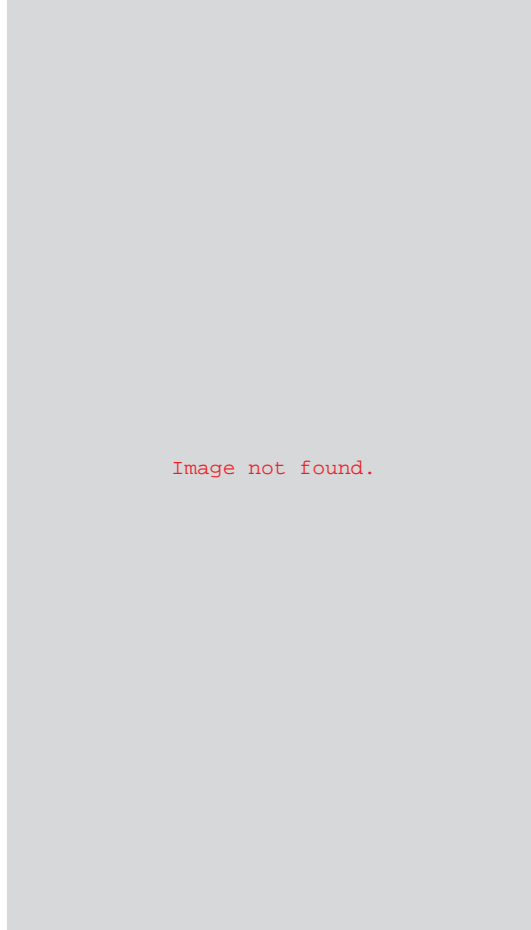
–Cierto. Aunque no todos recibimos lo que merecemos al fin y al cabo. –El jefe elfo sacó la daga ornamentada y se la pasó a Wardric– Hazlo. Entregale lo que merece.

–No... yo... no soy así –le respondió apartándole la mano-. Y menos... quítale la bolsa de la cabeza, quiero verlo a la cara.

–¿Seguro? ¿Soportarás perpetuar su mirada en tu mente?

El zegriense tragó saliva e intentó hablar, pero sólo consiguió asentir con la cabeza.

-Como gustes. -Con la mirada clavada en el rostro de Wardric, el jefe elfo tiró de la bolsa de arpillera velozmente, destapando el rostro del indefenso hombre.



Era Herstein. Wardric sintió que todo Ralzenn caía sobre su espalda. Miró con lástima a su amigo, que se encontraba con la cara cubierta de cortes por los golpes que le propinaron los guardias. El joven nórdico levantó la vista y lo observó esbozando una sonrisa nerviosa que mostró una fila de dientes ensangrentados.

-Adelante, Wardric de Puerto Oeste. Hazlo.

No supo que decir. Su mente se debatía entre decirle la verdad al elfo sobre Herstein con la ilusión de que se apiadara de ellos, después de todo no habían hecho nada malo, o aprovechar el momento de soledad con el jefe para atacarlo e intentar escapar con él como rehén. Se preguntó qué haría Herstein si estuviera en su lugar; luego de lo de Metinndor, no le costó resolver que su amigo se inclinaría por la segunda opción. Pero en su cabeza, y en su corazón, él no se sintió capaz de tamaña osadía. Y por ello se decidió por decir la verdad.

-No puedo. Él... no es un bandido. Lo sé... -dudó ante la mirada atenta del jefe elfo- lo sé porque él viajaba conmigo. Su nombre es Herstein, y es mi amigo.

-Temo que no logro entenderte, has dicho que viajabas solo.

-Mentí. Tuve que hacerlo, no quería que supieran que él todavía andaba ahí fuera, de lo contrario habrían ido a buscarlo. No podía permitir que también lo atrapasen a él.

El elfo puso la daga en la garganta de Wardric. -¿Qué motivo hay, pues, para descartar que en lugar de venir de Zegridor seas otro miembro de esa banda de bandidos que merodea nuestro campamento?¿O que motivo, dime, para confiar en que realidad no lleves un mensaje hablado al Alto Mando Imperial, allá en Sinnoras?

-Juro que no soy un bandido, y juro que no llevo mensaje alguno, ni escrito ni grabado en la memoria -replicó mirándolo directamente a los ojos, sin amedrentarse por el frío acero-. Dije la verdad sobre de dónde vengo y hacia dónde voy. Vamos a Fasnarím, ambos, a buscar a sus padres antes de que la guerra civil los atrape.

El elfo le sostuvo la mirada en silencio, pensativo. Al fin retiró la mano que esgrimía la daga, los señaló con ella y dijo:

-No los dejaré ir. Mis años me han enseñado a no creer en los humanos, y mucho menos en una época aciaga como esta, donde la guerra lo es todo. No, sean o no mensajeros, ahora conocen la ubicación de nuestro campamento, y eso podría llegar a exterminarnos a todos si alguien inadecuado se entera.

-¡No se lo diremos a nadie!

-No puedo correr ese riesgo -explicó el jefe negando con la cabeza. Irguió luego el mentón- Sufrirán la sentencia común para aquellos en los que no confiamos.

-¿Y cual es esa? -preguntó Wardric.

-La muerte. ¡Duards! -Los dos guardianes entraron de prisa-. Cabhan ly nulvennan urdaefils. -Luego, mirándolo a él y a Herstein dijo-: Será mañana, al salir el sol.

Entre zamarreos y golpes, los guardias los llevaron a través del campamento hasta la jaula, para luego arrojarlos dentro. Desde la entrada, uno de los elfos escupió el suelo, amenazante.

–¡No pueden hacernos esto, somos hombres libres, no seguimos orden ni misión de nadie! –gritó Wardric aferrando los barrotes, sacudiéndolos de rabia.

–Cálmate, amigo –Herstein habló por fin-. No malgastes lo que te queda de tiempo gritando y suplicando piedad a quienes son incapaces o muy tercos para otorgarla.

–¿Qué dices? Entra en razón, no podemos rendirnos; o nos sueltan o nos escaparnos de aquí de alguna manera.

–No podremos. Antes de que me atraparan estos malditos, vi todo su campamento desde lo alto de un árbol, y créeme, Wardric, no hay forma de salir si ellos no quieren. La puerta está vigilada, y esos que están allí, en esas casas aéreas, tienen una visión panorámica del campamento. Si me vieron ni bien puse un pie de este lado de la empalizada, nos verán intentando salir.

Wardric caminó velozmente hasta su amigo, lo sujetó de las sienes, pegó su frente a la de él para quedar cara a cara. Se miraron en silencio un largo momento, los ojos inexpresivos del nórdico lo llevaron a negar con la cabeza.

-No podré hacerlo sin ti, amigo –dijo-. No te rindas, todavía hay esperanza para nosotros.

Herstein permaneció impasible, y Wardric no lo toleró. Tenía ganas de golpearlo, de gritar, de correr de allí, regresar a su ciudad y no volver a abandonarla nunca más. Lo único que pudo hacer en ese momento fue dejarse caer de rodillas, con la cabeza entre los barrotes, mientras una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

El día transcurrió de forma lenta y el clima fue desmejorando notablemente, con espesas nubes oscuras que avanzaron hacia ellos desde el oeste. Herstein se recostó y pronto se durmió como si no le importase que fueran a ser ejecutados en la mañana siguiente. Wardric, ignorándolo, siguió caminando dentro de su celda para un lado y para otro, pensando en cómo harían para salir de allí. Finalmente, con la llegada de la noche, se desató en una lluvia a cantaros, truenos y relámpagos. Obviamente, la jaula no tenía techo.

Los elfos les dieron un cuenco vacío, o mejor dicho lleno de barro. Si querían agua, debían asegurarse de recolectarla de la lluvia. No hubo comida para ellos. El guardia que custodiaba la puerta les echó en cara la porción de carne que comía, masticando fuerte y sonoramente, para luego acabar en una estridente risa.

Las horas siguieron corriendo, hasta que por fin se hizo total silencio en el campamento elfo. Fue entonces, casi casualmente, que el zegriense divisó una sombra, alguien vestido con largas vestiduras, que se acercaba con sigilo.

–Psst, ey, Herstein, mira.

La sombra avanzó por detrás del guardia sin provocar el más mínimo sonido, y cuando estuvo a nada más que a unos pasos de él, sacó de entre sus ropas una tela. Entonces sujetó al guardia por el cuello y le colocó el paño en el rostro, provocando que este cayera al piso, inerte. Sin perder tiempo, el sujeto revisó entre la ropa del elfo caído y encontró la llave de la celda. Con rapidez les abrió la puerta.

–Dense prisa y síganme –les dijo con un susurro.

–¿Lo mataste? –inquirió Wardric atónito.

–¿A dónde? –fue más directo el joven nórdico.

No les respondió. Wardric y Herstein no lo dudaron, lo siguieron.

Les resultó sorprendente lo veloz y silencioso del andar del extraño, desplazándose de sombra en sombra. Poco tardaron en llegar hasta la puerta, sin vérselas con ningún elfo. Sin embargo, la entrada seguía vigilada por un par de guardias. Algo que no fue un impedimento, pues con una cerbatana el extraño les atinó rápidamente un dardo a cada uno. Los guardias voltearon, alcanzaron a poner una flecha en sus arcos, pero de repente les fallaron las fuerzas y cayeron al suelo.

Juntos, los tres, pasaron por debajo del arco de la empalizada y penetraron en la oscuridad del bosque, donde el sujeto se las arregló, en medio de la lluvia, para guiarlos hasta el límite norte del mismo, donde se toparon con un camino.

–Este camino los llevará hacia Fasnarím –les dijo mientras se sacaba la capucha.

–¿iTú!? –preguntó Wardric sin poder creer lo que veía–. ¿Por qué nos ayudas a escapar de tu propia gente?

–Porque nuestra Cerileth así lo ha mandado –contestó el jefe elfo–. Ha visto en el interior de ambos, y su intuición le ha revelado que su destino está ligado al de todos nosotros, para bien, o para mal. No esta en nuestras manos ayudarles, pero tampoco seremos quienes marquen el final de su camino. Su sabiduría es la que los ha salvado, humano, no yo.

-¿Qué quieres decir con que nuestro destino...?

-Aquí tienen agua y comida para el viaje -lo interrumpió poniendo en sus manos una bolsa de cuero-. Debo regresar rápido. Pero antes debo pedirles un único favor.

-Lo que sea, díganos -dijo Wardric.

-Jamás regresen a este bosque -respondió y colocándose la capucha nuevamente, desapareció entre los árboles.

Capítulo 3

3

La guerra en carne propia

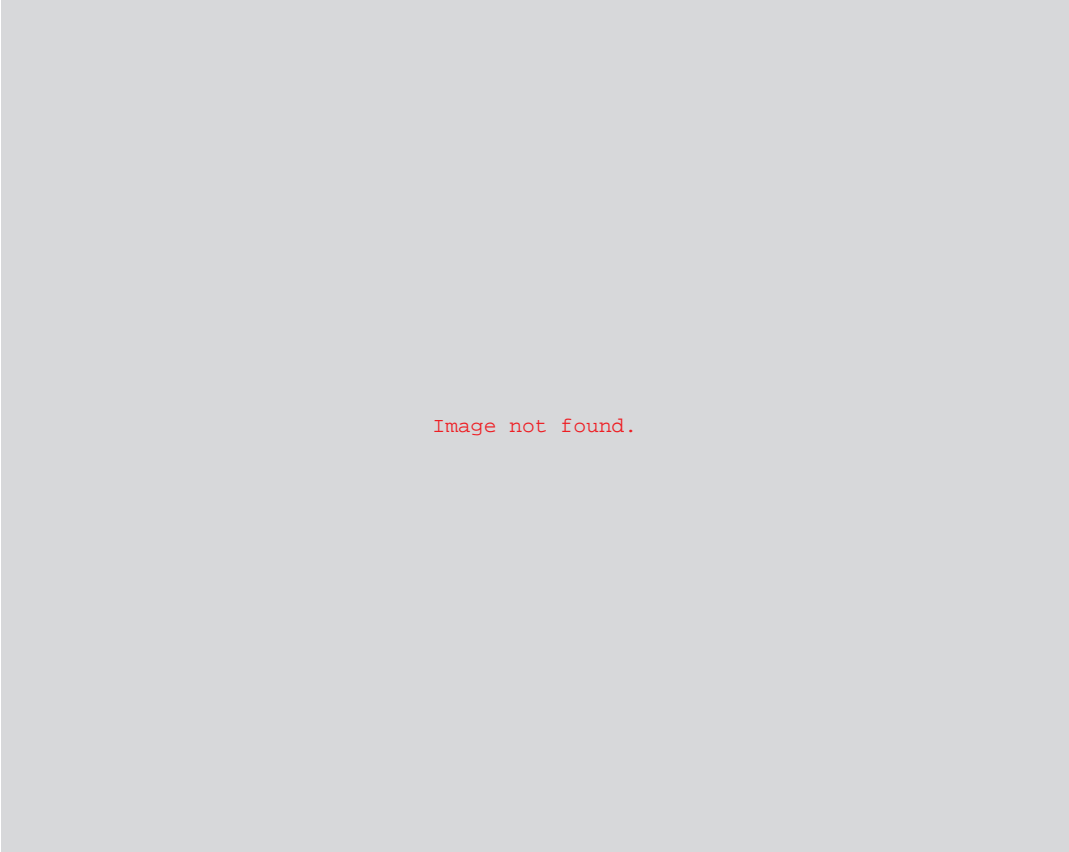


Image not found.

El Paso Hundido era un sendero estrecho que desfilaba entre dos estribaciones escarpadas de las Montañas Ventosas. Los escasísimos árboles de la zona estaban secos, muertos, y el camino en sí mismo se encontraba obstaculizado en algunos sectores por peñascos que habían caído desde lo alto. Wardric y Herstein esperaban que ese pasaje los condujera a Fasnarím sin rodeos ni cruces y así evitar el riesgo de perderse o equivocarse la dirección.

Caminaron incesantemente hasta que amaneció, alejándose lo más posible de los Encapuchados y su bosque. Encontraron un sitio donde el camino se ensanchaba y decidieron detenerse a descansar. Tenían los dedos entumecidos por el frío y el hambre los carcomía por dentro, sus ojos les pesaban por el cansancio.

Herstein revisó el bolso de cuero ni bien se arrojó al suelo fatigosamente. -Tenemos una orma de queso, dos hogazas de pan y unas plantas que no

tienen muy buen aspecto ¿Qué quieres tú?

–Por ahora me quedaré con un trozo de queso.

–Ten.

–Gracias.

El joven nórdico lo notó algo distante todavía. No pudo evitar pensar que Wardric le reprochaba la facilidad con la que había bajado los brazos durante su cautiverio. Sintió que debía disculparse por eso. Únicamente por eso: de los ladrones de Metindor ni hablar.

–Escucha, Wardric, yo... sé que no estamos con suerte últimamente... y sé que si hubiera sido por mi simplemente ahora... –se interrumpió bruscamente, incapaz de terminar la frase. Su mente se encargó de concluirla para él: <<estaríamos muertos>>–. Disculpa mi actitud, amigo, no debí haberme dado por vencido tan fácil en esa celda.

Wardric lo miró. Los cortes, la sangre seca y las magulladuras le daban al joven nórdico un aspecto horrible, pero vio culpa y verdadero arrepentimiento en los verdosos ojos de su amigo.

–Olvídalo, Herstein –dijo palmeándole el hombro con fuerza–. Ya es parte del pasado. Estamos sanos y salvos ahora ¿no? Eso es lo que importa. De todos modos, tú perdóname por tratarte así en la posada, sé que eres un buen hombre.

–A partir de ahora decidiremos todo juntos y con cuidado. Y juro que no volveremos a separarnos ni un momento ¿está bien?

–Tampoco te quiero encima de mi todo el tiempo, hombre –bromeó Wardric.

–Te acostumbraras –sonrió Herstein, y luego agregó, para dar como zanjada la cuestión:– ¿Y cómo está el queso, eh?

–Fabuloso.

–¿En serio? Bueno, aun si fuese malo, lo preferiría antes que probar esas plantas.

Ambos se echaron a reír, más por el alivio de haber escapado que por diversión.

Para decepción de Herstein, el odre “sólo” contenía agua. Nada le hubiera alegrado más el día que un buen sorbo de vino o algún licor especial destilado por los elfos. Aun así, con el estómago lleno y los labios

humedecidos, le propuso al zegriense que durmiera un poco, él se quedaría vigilando, por si acaso. Wardric aceptó considerando que las peores cosas ya habían pasado.

Mediada la tarde volvieron a andar. Desconocían cuanto tiempo les faltaba para llegar al reino del norte, pero tenían intenciones de llegar a lo sumo al día siguiente. Si lo lograban esa misma noche, serían muy felices. Mientras caminaban, comenzaron a conversar sobre las cosas que habían acontecido mientras estuvieron separados, Herstein contó cómo observó a la ardilla para llegar a la conclusión de que podría pasar por encima de la barricada valiéndose de un árbol y cómo los Encapuchados lo atraparon ni bien puso un pie dentro del campamento. Wardric, por su parte, le explicó cómo los bandidos se habían aparecido justo cuando acabó de armar la tienda, y cómo los elfos lo capturaron cuando intentó huir al bosque arrastrándose como una serpiente.

En eso estaban cuando de repente Herstein calló y le hizo un gesto a Wardric para que lo imitara. Permanecieron quietos, aguzando el oído. Un sonido lejano que venía desde su retaguardia (la dirección por la que ellos venían) era el causante del recelo del nórdico.

–¿Qué es eso? –preguntó Herstein–. Cada vez se oye más alto.

El zegriense supo a qué se refería recién un momento después. –Son caballos –dijo con seguridad–. Los llevan a todo galope.

–¿Serán los elfos? ¡Esos malditos!

–No vi caballos en su campamento.

Agarraron sus cosas con prisa, se apartaron del grueso del camino lo más que pudieron y se escondieron detrás de una roca que los acabó por cubrir al completo. El sonido se acercó cada vez más. Si hubo algún atisbo de duda en la suposición de Wardric, ya se había esfumado. El traquetear de los cascos de los caballos terminó resultando claro, y a juzgar por el temblor que ocasionaban estos, debían de ser varios animales los que los causaban. Menos de dos minutos después, la voz de uno de los jinetes retumbó en las montañas. Estaban ya casi enfrente.

–¡Rápido! ¡Debemos llegar a Armdros en menos de tres días! –la voz era tan grave que hizo parecer que la montaña fuera quien había hablado.

Sin embargo, los caballos no hicieron caso, sus pasos a medida que se acercaron fueron haciéndose menos constantes.

–Los caballos están cansados, mi señor, y el camino no ayuda en nada
–indicó otra voz.

–Creo que es mejor que nos detengamos un momento, señor –añadió una mujer.

Un instante más tarde el ruido de los cascos se acalló por completo.

–¡Muy bien! –rezongó la primer voz–. Un par de minutos. Denles agua de los odres y desmonten para que descansen un momento.

Los jinetes desmontaron y obedecieron a su líder. No pasó mucho tiempo antes de que uno descubriera algo.

–¡Mire, mi señor! Aquí hay un odre casi lleno.

Herstein y Wardric se miraron preguntándose cómo podían haber sido tan estúpidos de dejarlo caer.

Siguió un momento de silencio, hasta que la primera voz, la que había pedido más velocidad en el andar, dijo serenamente:

–Es agua, y está fresca. ¡Revisen la zona a ver que encuentran! No tengo ganas de que algún idiota me espíe.

Oyeron el desenvainar de varias armas, y luego pasos pesados. Los minutos se hicieron eternos, oían las pisadas cada vez más cerca.

–¡Miren allí atrás y nos vamos! ¡Al cuerno quien ande por aquí! Ya no me importa –gritó el jefe.

Los jinetes se les acercaron desde ambos lados de la piedra.

–¿Y ahora? –susurró Herstein.

–Son nórdicos como tú, diles que se aparten.

–Nunca tuve su acento. Pero lo intentaré. –El joven nórdico tragó saliva y se aclaró la garganta–: ¡Quietos! ¡Aléjense y saldremos desarmados! –dijo con una firmeza y autoridad fingida.

Hubo silencio. Asomaron la cabeza por los bordes de la piedra para ver qué ocurría: el jefe les hizo una señal a los soldados para que

retrocedieran hasta él. Había arqueros apuntándoles.

–¡Saldremos! –volvió a gritar Herstein–. ¡Que los arqueros no disparen!

Unos segundos después, salieron de su escondite con los brazos en alto. Frente a ellos había un grupo de unos quince nórdicos, armados con hachas, espadas y arcos, y equipados con una cota de malla. Sobre la armadura llevaban un manto azul; en éste resaltaba una insignia de un tono más suave: un escudo redondo en el centro, un hacha de guerra y una espada cruzadas por detrás de este y encima, con el protector nasal enganchado al borde del escudo, un yelmo de acero con cuernos a los lados.

El líder nórdico caminó hacia ellos con paso firme y altivo. Relucía un vigor y una fortaleza enorme, a pesar de que ya había dejado la juventud atrás hacia más de dos décadas. Su melena negra, con mechones grises, caía despeinada hacia atrás como si la golpeará un ventarrón desde el frente, llegando así hasta la altura de sus hombros. La barba le cubría las mejillas de forma descuidada y hacia el mentón y alrededor de la boca crecía en densidad, dándole un aspecto intimidante que combinaba con una altura elevada y una complexión envidiable. La nariz curvada hacia la punta, como el pico de un águila, junto a lo grueso de sus cejas, completaban una apariencia física que desprendía orgullo y honor.

–¿Quién cuernos son ustedes y que hacen aquí? –preguntó mirando las vestiduras raídas que llevaban–. Contesten, no soy hombre paciente.

–Viajeros –respondió Wardric.

–¿¡Un nórdico y un zegriense, a juzgar por sus acentos, viajando juntos por estas tierras!? Aquí eso es digno de las enredadas historias de los bardos.

–¿Está mal que dos hombres de diferentes reinos formen amistad? –preguntó Wardric.

–En este momento sí –respondió insensiblemente el cabecilla nórdico–, al menos es así al final de este paso. Esto cambiará pronto con el acuerdo, pero hasta entonces...

–¿Acuerdo? ¡¿Quiere decir que Fasnarím ya no está en guerra?! –quiso saber Herstein.

–Aun sí, pero está a punto de acabar. ¿A que van al reino del norte?

–No sabemos quién pregunta ni cuáles son sus intenciones –dijo con

brusquedad Wardric-, no tenemos por qué contestar.

-Mi nombre no importa, más mis intenciones sí. Les contaré los detalles si aceptan viajar con nosotros. -Hizo una seña y uno de sus hombres trajo de las riendas a un caballo bayo, listo para ser montado-. Suban. Sígannos y estarán a salvo, el camino puede ser peligroso para quien no lo conoce.

Wardric y Herstein se miraron uno al otro. Aunque necesitaban viajar más deprisa, pues de ese modo tendrían más probabilidades de hallar sanos y salvos a los padres de Herstein, no sabían si podían confiar en esos jinetes. ¿Valía la pena correr ese riesgo? Los dos asintieron con la cabeza.

-Nuestro destino es El Escalón Naciente -dijo el zegriense.

-Pasaremos por allí -aseguró escuetamente el líder nórdico-. ¡Andando, holgazanes, ya perdimos mucho tiempo!

Por varios kilómetros el camino se hizo más ancho y menos trabajoso para el andar de los caballos. Mientras, el jefe nórdico les habló de las continuas disputas entre los nórdicos afines al Imperio y los Hachas Resurgidas, los rebeldes, a los que él llamó "defensores de las tradiciones nórdicas". Habló de asaltos e intercepciones a caravanas de suministros, de verdaderas batallas campales y emboscadas. Herstein aprovechó para preguntar también cómo habían atravesado el camino del bosque sin que los elfos los emboscasen.

-Reconocieron nuestras insignias -dijo el nórdico-. Sí, así es, somos rebeldes. Tenemos un trato con esos elfos: dejamos el bosque a su merced sin molestarlos, a cambio son nuestros ojos en este cruce.

El paso volvió a estrecharse, no sólo perdiendo terreno con las montañas, sino también con la vegetación, más abundante aunque todavía seca y árida. Así llegaron hasta una curva pronunciada que desviaba el camino por primera vez, hacia el oeste. En lo alto de la montaña, del lado derecho de la curva, había un barranco muy empinado y debajo de este, señales de un derrumbamiento reciente.

-Es un derrumbamiento reciente -dijo un jinete.

-¡Maldito seas Yridan! -exclamó hablándole a la montaña-. Te empeñas en ponernos obstáculos, sabes que nada podemos hacer para oponernos. -Miró a sus jinetes-. Sigamos con más cuidado.

Doblaron y llegaron hasta la mitad de la curva, y fue entonces que, de sopetón, una piedra enorme cayó del barranco e impactó justo detrás de ellos; la tierra tembló, los caballos se asustaron, agitaron la testa, mordieron los frenillos y al galope guiaron descontrolados a sus jinetes

hacia el final de la curva. Al dejarla atrás, los mismos animales se detuvieron en seco, clavando las patas en la tierra estéril. Todo un regimiento de soldados los esperaba cortando el paso, afirmados con sus lanzas hacia adelante. Numerosos hombres armados con arcos largos aparecieron en el borde del barranco, como veloces nubes grises listas para dejar caer una lluvia de flechas.

Algunos de los jinetes desenvainaron, incrédulos pero valerosos. Fueron derribados. Herstein, sin arma alguna, también cayó desplomado del caballo: la sangre le brotaba del costado.

–¡Herstein! –gritó Wardric y desmontó para ayudarlo. Una flecha le rozó la cabeza y otra se incrustó en el suelo un poco por delante. Nada impidió que se arrodillara junto a su amigo.

–Bajen sus armas, muchachos –dijo el jefe de los jinetes–. No podremos pelear con ellos.

Los nórdicos dejaron caer las hachas y espadas.

Un hombre salió de entre las filas de los soldados que portaban estandartes con el árbol y las estrellas del Imperio. Vestía una elegante armadura plateada y dorada, con un manto rojo que caía sobre su espalda desde debajo de las hombreras. Tenía canas en el cabello y su cuerpo se inclinaba por la edad. Su rostro serio, frío, impasible, indicaba que sus ojos habían visto más de una batalla. Todos los jinetes nórdicos lo conocían, así como Wardric y Herstein. Era el General Cylric, uno de los oficiales militares más reconocido de Zegridor y el continente.

–No pensaste que te librarías de mi tan fácil ¿no es así, rata inmunda?
–dijo-. ¡Átenlos y cárguenlos en las carretas! Me sentiré más tranquilo con esas manos manchadas de Sangre Real atadas fuertemente.

Los soldados Imperiales se acercaron para inmovilizar a los jinetes. Uno empujó a Wardric, arrojándolo al piso, se acercó a Herstein, y ante la súplica del nórdico respondió con una patada en el estómago, y luego con otra. Wardric se incorporó de un salto, se abalanzó sobre la espalda del soldado y comenzaron a forcejear hasta que un golpe en la cabeza le trajo oscuridad. Silencio y oscuridad.